

El Quijote, elíxir de la eterna adolescencia

Jesús Vicente García



Ilustración de Beatrix G. de Velasco

A

En la esquina de José Azueta e Independencia, Centro Histórico de la Ciudad de México, en el *Wings Station*, pedimos papas a la francesa y hamburguesas para mantener el gobierno de las tripas. Basilio me hace la crónica de cuando fui a hablar con sus alumnos de tercero de secundaria respecto a la importancia de leer *El Quijote*. Él guatsapeaba con Zafiro y al mismo tiempo, junto con otros profesores, cuidaba a los salvajes de los tres grupos de tercero. En tiempo simultáneo, en el féis, subió fotos mías en plena charla, en tanto proyectaban películas del manchego: la de Orson Wells y la de Arthur Hiller, en donde aparece Sophia Loren con un escote tremendo.

Estamos en contra esquina del teatro Metropolitán, al otro lado el bar Miramar y el hotel Calvin, y justo en donde estamos, de frente, la gente que ve el vidrio que se le convierte en espejo, las perspectivas cambian; para nosotros es como un

escaparate. Basilio saluda a las mujeres que se miran el rostro, el cabello, las nalgas, los pechos, la ropa, y en su brillo de ojos afirman que hoy están hermosas; algunos mancebos se acomodan la corbata, se arreglan el cinturón, el cuello de la camisa, la gorra rapera, el morral cruzado, el rostro afeitado. “Igual que en *El Quijote*”, me dice. “Cada quien ve lo que le interesa”. Manipula su celular y me pregunta si me quiero escuchar. Tiene el audio y video completos. Me pone los audífonos mientras él hace una llamada (tiene tres celulares, no sé para qué).

I

“En el mes de diciembre, en la época en que la tele nos dice que la felicidad está en todos lados, siempre y cuando se consuman los productos que vende; en ese mes en que todos dicen que hay que sonreír, que la familia debe estar unida, en que los enemigos se convierten en amigos, el féisbuc se transforma en el nexo con el mundo, nuestro ‘estado’ se llena de cursilerías y el ‘perfil’ con imágenes navideñas; bien, en esa época llegó un día Leonardo: ‘Tío, ¿me puedes prestar tus películas del *Quijote*?’ Por supuesto que acepté a la menor provocación. Tomé los doce videos en caricatura, los abracé y se los di”.

“Leonardo es un joven de nueve años. Inquieto, habla hasta por los codos, salta, grita, se enferma de tos, se recupera y vuelve a gritar y a saltar, y es capaz de inventar a sus héroes, de acabar con esos enemigos creados en su mente, colecciona ranas de peluche y las viste con chalecos de manchas de vaca, gusta de las arañas e imita a la gente; en suma, vive mucho por fuera y por dentro, porque imagina y crea”.

“Tiempo después me dijo que él era don Quijote. Tomó una hoja de papel y dibujó a Rocinante, ese caballo flaco y roñoso que siempre lo acompaña en sus aventuras. Hizo un movimiento de esgrima, puso cara de seriedad y arremetió como si estuviese en una gran y nunca vista batalla. Yo tuve que hacerme a un lado, pensé que si en

verdad se cree don Quijote es porque lo es, porque ser un Quijote no es creerse ser sino ser en verdad”.

B

Esperamos las hamburguesas y las papas. Una mujer de edad universitaria se pinta los labios en nuestro vidrio, espejo para ella. Se acomoda el sostén, sonríe. Sigue su camino. En su lugar, quedan unos novios jóvenes, se abrazan, se sonríen, ven sus celulares; él tiene mirada de enamorado, ella no. Basilio dice que el chavo va a sufrir ahí. Ella no. ¿Por qué? Ahorita que se besen lo verás, responde muy conocedor. Sigue hablando con Zafinea, así le dice, por celular.

II

“Siempre quise ser un héroe, y no hay mejor motor para ello que leer al *Quijote*. Por supuesto que leer para muchos jóvenes resulta algo tedioso, y, sin embargo, lo hacen. Todos ustedes leen sus correos vía internet y están inmersos en las redes sociales, así que lo quieran o no, están leyendo, la diferencia radica en que no leen precisamente aventuras, sino el ‘estado’ de sus amigos; por ejemplo: ‘Hoy me llegó el chavo que me gusta’, o ‘Le gusto a un güey que ni al caso’. O están los comentarios chistosos, frases más o menos inteligentes, pero no me convencen, porque eso no las dirían los héroes, esos tipos que en las novelas arriesgan su vida de una forma casi animal, incivilizada, como si no fuese suya”.

“Cuando yo leí *El Quijote*, no había toda esta tecnología, es decir, ni féis ni guats, ni tuitar, ni escaip, ni portales de correo electrónico, ni blutut, ni celular, ni mensajes, ni enviaba invitaciones para tener amigos o para bloquearlos. Aunque me declaro internauta de corazón, desde el fondo de mi ratón cliqueo y el espacio virtual se abre ante mis ojos. Internet me ha mostrado que el mundo es más idiota de lo que pensaba antes que se inventara la red de redes. Pero también sé que internet puede ser una gran herramienta

para imaginar, ver, escuchar, sentir y aprender. Es la entrada a ese mundo que jamás imaginé. Es la varita mágica de los cuentos de hadas, es lo impensable hace veinte años, es el milagro cibernético, es el paso obligado en esta revolución virtual para pertenecer a este siglo, es ver todo y analizar poco; en fin, me permite una panorámica nunca vista”.

“Y a pesar de todas esas ventajas, cuando leí a Cervantes y conocí *El Quijote*, cuando lo vi andando en ese lugar de la Mancha y salió con su caballo flaco, Rocinante, que decidía los caminos por los que andarían; cuando vi a Sancho Panza subido en su rucio, un asno cafecito muy animoso, con quien lloró más de una ocasión; cuando vi pelear al Caballero de la Triste Figura contra sus enemigos para que el mundo supiera que Dulcinea es la mujer más hermosa que jamás haya existido, no me quedó la menor duda de que Cervantes supera todas las tecnologías, que ni el féis le llega a los talones, cada uno tiene su coto de poder, cada uno tiene su estilo, pero el *Quijote* va más allá de esto, supera lo imaginable, pues además nos inyecta algo que no se consigue por otras vías: la imaginación. Esta cosa que parece que no se toca, que no sabemos de dónde sale, que quién sabe qué es; la imaginación es la madre de las artes, es la que nos permite ver más allá de nuestras narices, porque sin imaginación no le podríamos decir a la mujer que tenemos enfrente que nos gusta, que sus ojos son hermosos, como lo hizo nuestro héroe, quien pensó en una guapa para dedicarle sus hazañas y buscó una dama de quien enamorarse, “porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma”.

B

Llegan hamburguesas y papas. Por un momento olvidamos que se tardaron. Basilio sigue hablando por el cel y me hace señas para que continúe viendo a la pareja. Ella besa, él da la vida en cada acercamiento. Ella es delgada y bajita, él poco más alto y algo fornido.

III

“¿Por qué ha cambiado la visión de todo aquel que la ha leído? Será porque además de la imaginación tiene

otra cosa: energía para seguir viviendo. Con don Quijote aprendemos a continuar en la vida a pesar de que las cosas se tornan difíciles y casi imposibles; sabemos entonces que no hay nada que nos detenga, que no hay imposibles, que debemos luchar por conseguir nuestros sueños, que no todo debe quedar en la imaginación, que es necesario echarle realidad; que los golpes de la vida duelen, pero no acaban con nosotros, porque en el fondo todos hemos deseado ser héroes, y el héroe no es el que se la pasa de pelos, que nomás porque sí es amado; es un ser que nos muestra la forma y el empuje, eso llamado convicción que nos moviliza hacia delante. Don Quijote es como ustedes, un eterno adolescente, alguien que no se aplatana a la primera ni a la segunda, simplemente sigue y sigue andando en su caballo, porque su intención es ejercer la justicia aunque los golpes también a él le caen en la cabeza, y la misma suerte corre el buen Sancho Panza y los dos animales personaje: Rocinante y el rucio”.

“Como lector de Cervantes, soy un eterno adolescente, como ustedes, porque ello implica ser un eterno alumno, siempre aprendiendo de la vida; uno no acaba de conocer cosas, no importa la edad. Con don Quijote he creado mi mundo de imaginación, he aprendido que de la adversidad hay buenos resultados si se le enfrenta, y para eso es necesario creerse lo que somos. Un día, dejen de chatear y síntanse a conocer a Cervantes, sin miedo, con emoción, de la misma manera y con el mismo ímpetu que cuando saben que el fin de semana irán al cine; entonces, estarán emocionados y comenzarán a pensar qué ropa usarán, qué perfume, cómo estará la película. Estarán nerviosos. Y cuando la oscuridad del cine permita las primeras luces de la película, algo correrá por su sangre, disfrutarán las escenas, los efectos, los diálogos, los colores y se dejarán llevar y suspirarán en algún beso de los protagonistas, se tensarán cuando corra al héroe en turno, se enamorarán de la novia y sentirán ternura por algún animalito que salga en escena; en dos horas amarán, odiarán, tomarán partido, les darán ganas de gritar a la pantalla: ¡dile que la amas, anda, dile, antes que llegue el malo! ¡No seas tonta, él te ama, él es el que te hará feliz! ¡No, él es malo, es el asesino, corre, salte de ese cuarto!”

“Con esa actitud hay que subirse a su Rocinante y sentirse un Quijote, ejercer la justicia, escribirle cartas a la amada y amarla aunque no la conozcan, porque la adolescencia es la edad dorada del aprendizaje en el amor, de descubrir que la dama que ven diario sentada en su pupitre, con sus amigas en los descansos, en las canchas de básquet, en las tareas de equipos, en la parada del micro, en el metro, de pronto, un día, la ven distinta, más guapa, más alegre, con algo que les jala los ojos y el corazón, y no saben si son sus labios o su voz, o su inteligencia, simplemente les gusta, y querrán decírselo algún día, querrán asirla de la mano y caminar juntos, platicarse sus problemas para que ella haga suyos sus temas y ustedes se involucren en los de ella, y así nacerá su Dulcinea; ellas conocerán también a su Quijote, a ese hombre que hará imposibles por ustedes, que será capaz de escribirle un poema, una carta, una línea, un recado repleto de amor aunque no se hable de amor; así, una tarde, cuando el sol se ponga pálido, en esa hora en que ni es de día ni es de noche, cuando el cielo adquiera un color violeta, o al final de una lluvia, con ese peculiar olor a pasto húmedo, esa Dulcinea con uniforme de secundaria abrirá su féis y en su ‘estado’ escribirá: Hoy me tocó la mano, hoy me escribió, hoy conocí el amor”.

“La literatura los hará fuertes, les permitirá alejarse un poco de la realidad, en apariencia, pero siempre regresarán mejor armados, con más herramientas para enfrentarla y vencer las adversidades, su lenguaje cambiará, sus palabras adquirirán un no sé qué, una magia que los hará distintos, que les dará ese chance de plantarse en medio del aula, de un trabajo, de la vida y saberse seguros de sí mismos; el buen uso del lenguaje da seguridad, da carácter, da atractivo, ilumina al ser humano, tendrán color en la forma de decir, de entonar, de expresar y, sin darse cuenta, aprenderán a pronunciar palabras, a darle otros sentidos, a sentir las antes de decir las, entonces no bastará con amar, sino que también sabrán susurrar el amor en cualquier terreno; al mirarse su interior notarán que ahí hay un

eterno adolescente, un eterno niño, como Leonardo, mi sobrino, que corre, que juega, que va apenas conociendo una parte del mundo, que de seguro se tropieza, se cae, se levanta y siempre sigue y sigue, porque han leído y leer es abrir otra puerta del conocimiento, es ver otra posibilidad de vida, es estar por encima de quien no lee, porque ustedes ya le han dado el golpe al libro, y a partir de aquí ya no serán iguales; quien ha leído, quien lee, es superior al otro, la fuerza de las palabras los hará invencibles; si a esto le agregamos que se acercaron al *Quijote*, entonces ya no me queda la menor duda que no sólo gozarán sino que aprenderán a luchar y a soñar y, por tanto, a vivir”.

C

Basilio dice que subirá el video a su féis. Ya casi acabamos las hamburguesas, a pesar que se la pasó hablando con su Zafinea. Se besan los novios del otro lado del vidrio. Ella no cierra los ojos, él sí. Qué difícil es el amor, incluso el ajeno. Los novios se despiden. Él va hacia Balderas, ella hacia Juárez. Salimos del *Wings Station*. Le digo que así le ha de hacer Zafiro. “Eres la reserva”. Deja de textear y me quiere dar un golpe en el brazo, no me dejo, corremos todo Juárez, rebaso a la que no cierra los ojos al besar, le sonreímos y seguimos nuestro camino. En la explanada del museo Memoria y Tolerancia nos sentamos. Reímos. Jadeamos. Él textea. La que no cierra los ojos al besar entra en donde estamos. Saluda a un tipo delgado, más alto que ella y más bajo que Basilio. Se abrazan como de a cartoncito de cerveza, se besan y ella cierra los ojos largamente. Movemos la cabeza. Cierto. El otro sufrirá. El amor en algún momento se convierte en violencia y en lágrimas. “Quizá la chava es como Marcela. No está obligada a amar al otro sólo porque él sí la ama”, sentencia Basilio. Me levanto, jugamos, me quiere atrapar y echamos a correr sobre Juárez entre la multitud que nos ve como unos locos ya viejos para esas payasadas, pero es que la adolescencia se ha metido en nuestras quijotescas piernas. 